

¿APOCALIPSIS AHORA?

OPINIÓN DEL DÍA

CYNTHIA A. SANBORN

Directora del Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico



“Ladran, Sancho, señal de que cabalgamos”. Aunque la célebre frase no figura en ninguna parte de la obra de Cervantes, se alude a ella cuando quienes toman la delantera son criticados. En ese mismo espíritu, aunque en ninguna parte de la reciente colección de ensayos publicada por la Universidad del Pacífico “Cuando despertemos en el 2062: visiones sobre el Perú en 50 años” aparecen predicciones apocalípticas, diversos comentaristas se empeñan en encontrarlas.

Tal es el caso de Pablo Bustamante, quien el domingo pasado, en este mismo suplemento, insistió en que estos textos presentan “una visión determinista, maltusiana y hasta apocalíptica del futuro de la economía peruana”. Según su lectura, reflejan una opción de “la izquierda” de incursionar en futurología y hacer predicciones catastróficas, en lugar de reconocer las buenas cifras del presente.

Siendo coeditora del volumen —conmemorativo del 50 aniversario de nuestra universidad—, me parece curioso que nuestra apuesta por mirar al horizonte lejano le haya parecido tan unidireccional y tan zurda, cuando es una iniciativa donde participan 26 profesores e investigadores de diferentes disciplinas y perspectivas.

Quisiera detenerme en dos de esos ensayos que han causado más reacción. “El PBI, tres siglos pasados y media centuria venidera”, de Bruno Seminario y Nikolai Alva, fue el trabajo que inspiró al resto y que, además de ser la estadística macroeconómica más extensa de la historia peruana, resalta el carácter pendular de nuestra economía. Lejos de ver un horizonte apocalíptico, sugiere que para el 2062 podríamos alcanzar el PBI per cápita de un país desarrollado. Pero también anticipa posibles amenazas, reacción lógica de quien lee la historia, mas no solo con el ojo izquierdo, pues el mismo ministro de Economía y Finanzas confesó en el 2011: “Yo también le prendo una velita todos los días y rezo para que China no se nos caiga”.

El otro ensayo es “Futurología de la economía política peruana”, de Jürgen Schuldt, donde compara los factores de productividad de diversos sectores de nuestra economía y aconseja no cifrar tantas esperanzas en las industrias extractivas. Mientras Bustamante nos exhorta a “apostar a ganador” con la explotación más acelerada de nuestros recursos naturales, Schuldt enfatiza la promoción de otros sectores que generan más empleo y una distribución distinta de los beneficios.

Aquí hay un debate fundamental. No es que “se desempolva el viejo argumento de la izquierda sobre la maldición de los recursos naturales”, como alega el columnista, pues la realidad es que la mayoría de países con alta dependencia en la exportación de hidrocarburos o minerales también han mostrado pobres indicadores económicos y sociales, así como altos niveles de inestabilidad y corrupción. ¿Podemos evitarlo esta vez?

Bustamante nos exhorta a “apostar a ganador” con la explotación más acelerada de nuestros recursos naturales.

Pero una lectura más fina de la historia sugiere que la receta no es tan simple, y que importan tanto la secuencia como el rol del Estado y otros actores.

Para Bustamante, el asunto es sencillo: los malos resultados solo ocurren en países “que no tienen mercado ni democracia”, citando como ejemplos a Venezuela, Ecuador, Bolivia y el Congo, mientras que países con ambos —Noruega, Canadá, Australia, Chile— convierten sus recursos en desarrollo. Pero una lectura más fina de la historia sugiere que la receta no es tan simple y que importan tanto la secuencia como el rol del Estado y otros actores. Los “bendecidos” desarrollaron Estados de bienestar e instituciones democráticas antes de las bonanzas mineras y petroleras. Así, pudieron forjar consensos sobre cómo aprovechar la abundancia, distribuir los beneficios y reducir los riesgos.

Pero esto no siempre fue suficiente. Recordemos lo conflictivo que fue el tema del cobre para Chile y su larga dictadura militar. O que Venezuela en esa misma época tuvo una democracia aparentemente sólida y con mejores indicadores de crecimiento y bienestar, hasta que la crisis petrolera reveló su enorme fragilidad. En Noruega, la renta petrolera recién llegó a partir de 1980, cuando sus ciudadanos decidieron otorgar liderazgo a la empresa pública y transferir la mayor parte de las rentas a un gran fondo de pensiones.

Hoy en el Perú nuestros gobernantes también buscan cómo mitigar los impactos negativos de la abundancia minera y descentralizar la distribución de las rentas. Pero nuestras instituciones democráticas no facilitan el debate constructivo ni la formación de consensos y los peores síntomas de la “maldición” se trasladan al nivel subnacional.

Desde nuestra universidad, entonces, llamamos al debate sobre el próximo medio siglo de desarrollo del Perú. Una discusión que no solo abarca temas macro, sino también pronósticos sobre educación, de Gustavo Yamada y Juan Francisco Castro; infraestructura pública, de José Luis Bonifaz y Roberto Urrunaga; reflexiones de Germán Alarco sobre tendencias internacionales; de Juan Mendoza sobre innovación tecnológica; de Elsa Galarza, Francisco Galarza, Rosario Gómez y Joanna Kámiche sobre gobernanza ambiental; de Karen Weinberger y Samuel Mongrut sobre empresas y emprendimiento; de Enrique Vásquez y Andrés Gatty sobre pobreza multidimensional; de Arlette Beltrán y Janice Seinfeld sobre salud; de Hugo Palma sobre paz y seguridad; de Óscar Súmar sobre sociedad de redes, y de José Piedra, S. J., Pablo Cárdenas y Roberto Burns, S. J., sobre formación humanista.

¿A qué conclusión llega quien realmente lee esta colección? Que es fundamental conocer la historia —propia y ajena—, mirar el futuro con atención y debatir abiertamente sobre los caminos a tomar.

